

NOTAS

El mal de ojo

formas y dinámica de una superstición universal (1)

El mal de ojo es para el hombre la más antigua y más universal de las supersticiones. Quizás sea también la más destructiva de todas, derivándose de los hechos más elementales de la existencia humana, biológica y social. No es de extrañar que esta creencia subsista aún entre nosotros, a pesar de la disminución que ha sufrido por el progreso evidente de nuestra raza.

Ante todo, ¿qué hace el mal de ojo al que en él cree y en qué sitios lo hallamos? En los Estados Unidos se encuentra principalmente en el mundo de los negros y en general en los estados del Sur, en las regiones montañosas aisladas, en el Sudeste con su población latina y sus costumbres, y en todas las comunidades que proceden de una inmigración de las costas del Mediterráneo.

Un estudiante del Colegio Italiano, descendiente de Clarksburg, ciudad situada en las montañas del oeste de Virginia, describía el impacto del mal de ojo con estilo atrayente, confesando que él mismo no estaba libre de la superstición.

Es cierto hechizo que emana de la gente. En Italia lo denominan "malukes" (al parecer es una palabra american-

(1) La primera redacción de este trabajo se presentó en la reunión anual n.º 18 de la "Southern Sociological Society", en su sección de antropología cultural, con el título de "Forms and Dynamics of the Evil Eye Belief", en Nashville, en el 1.º de abril de 1956.

La bibliografía completa sobre el mal de ojo compondría un librito. Una de las primeras monografías sobre esto es el "Di fascino", por L. VAIRUS. (París 1583).

Citaremos el estudio más amplio que hay de esto: "Der Böse Blick und Verwandtes, por S. SELIGMANN, 2 vols. (Hamburgo, 1910-1911). Seligmann fué oculista en Hamburgo y su libro adolece de la falta de categorías antropológicas adecuadas. También son útiles "Castle of St. Angelo and the Evil Eye", de WILLIAM W. STORY (London, 1877); de FREDERICK THOMAS ELWORTHY, "The Evil Eye, An Account of the Ancient and Widespread Superstition" (London, 1895); R. C. MACLAGAN, "Evil Eye in the Western Highlands" (London, 1902); ALEXANDER HAGGERTY KRAPPE, "Balor with the Evil Eye", "Studies in Celtic and French Literature" (New York, 1927); PHYLLIS H. WILLIAMS, "South Italian Folkways in Europe and America" (New Haven, 1938); LYLE SAUNDERS, "Cultural Differences and Medical Care" (New York, 1954); HENRY J. CADBURY, "The Single Eye", Harvard Theological Review, Vol. XLVII, 1954.

zada que proviene del italiano "malocchio", mal de ojo). Una persona puede coger el "mal de ojo" por la mirada dañina de alguien que le tiene envidia. El hechizo puede no ser grave, aunque el pueblo ha comprobado que la mayoría de los dañados mueren. El hechizado se siente cansado y desasosegado. Otros están somnolientos y no comen. Algunos se ponen tan enfermos que el médico no puede ayudarles. Lo único que puede destruir el hechizo son las oraciones de cierta clase de personas. Cuando uno de los afectados está recibiendo el contrahechizo, debe tener consigo un artículo de paño. Por lo común, si se trata de una mujer, ha de tener su sostén. También se dice que la sal ahuyenta a los malos espíritus, y también los dedos colocados de una cierta manera. Generalmente, como si fueran cuernos. "Yo he visto hacer alguna de esas cosas. No puedo decir si es cierto o no, pero creo que si se tiene fe en algo puede resultar". (2)

Una investigación en un amplio sector de las diferentes culturas muestra que los fenómenos en relación con la superstición de que tratamos, son punto menos que universales. En todas partes la gente, ante el temor a una mala mirada, adopta la misma actitud, aunque sus conductas puedan ser diferentes. Prácticamente parece que todas las lenguas tienen una palabra para designar el mal de ojo, y la dinámica psicológica, la fuerza emocional que se oculta tras el mal de ojo, señala siempre hacia el mismo origen, la misma emoción, no importa en qué sociedad la hallemos. Esta es la envidia. En otras palabras, parece que todo el complejo de la creencia en el mal de ojo, es la manifestación cultural del pecado más antiguo del hombre. El punto de vista teológico de la maldad inherente al hombre se enriquece con palabras y analogías que muestran que la maldad originaria de la naturaleza humana, tiene su origen en la envidia maligna.

Hay numerosas referencias sobre el mal de ojo que prueban que la subyacente emoción o sentimiento, el motivo atribuido, es la envidia. En San Mateo 20:15, el patrono regaña al empleado que se queja del trato poco agradable de sus compañeros. ¿Tienes mal de ojo? El adjetivo griego que se emplea aquí para "mal", significa, entre otras cosas, "dañino", "peligroso". Esto significa, pues, que el empleado tenía envidia. En efecto; el patrono pregunta: "¿No dañarán tus ojos a alguien?". Nuestra propia palabra "envidia" está unida al mal de ojo. La palabra latina "invidia", de la cual se deriva "envidia", proviene del verbo "videre", "ver" y del prefijo "in", que significa "contra" o negación. Por otra parte en Alemania (incluso en nuestros días, especialmente en Baviera) al hechizo del mal de ojo (*der Böse Blick*) se le llama "verneiden", que es una forma dialectal enfática del verbo "neiden", "envidiar". La conexión lingüística entre envidia y mal de ojo se ve también en las lenguas

(2) De esta información, hasta ahora inédita, soy deudor al Dr. Ruth Ann Musick of Fairmont, Oeste de Virginia, investigador al que se cita con frecuencia como especialista en las supersticiones del Oeste de Virginia. (Subrayado por el autor).

primitivas. La tribu llamada "Lakher", en la India, cree que el "ahmaw" es una especie de alma vampira, que cuando "ve a una persona próspera y dichosa intenta apoderarse de la propiedad de la persona a quien envidia, entrando en su alma y poniéndole enfermo, con la esperanza de que esta persona le ofrezca sus riquezas". N. E. Parry, que estudió a la tribu "Lakher", dice que el término "ahmaw" se aproxima al concepto que se tiene de mal de ojo, y asegura que esta tribu cree que una persona con "ahmaw" siempre es de naturaleza envidiosa. Se pensó durante mucho tiempo que en la tribu africana de los kikuyu no había palabra equivalente para la expresión mal de ojo. Casualmente los etimologistas descubrieron que la palabra "kita", en lenguaje kikuyu o "kithamengo", significa realmente "mal de ojo", aunque lingüísticamente signifique "pensamiento envidioso".

Resumiendo todo esto, podemos seguir a Sigmund Freud, creador del psicoanálisis, juez competente de estas oscuras ideas de la naturaleza humana. En su ensayo "Das Unheimliche" (Lo desconocido), escrito entre 1917-1920, Freud afirmó:

"Una de las formas más desconocidas y universales de superstición, es el mal de ojo. Al parecer el hombre siempre supo el por qué de este miedo. Cualquiera que poseyese algo precioso y frágil, temería la envidia de los demás. Proyectaba sobre los otros la envidia que él sentiría en su lugar. Estos sentimientos se traicionan en las miradas, aunque se suprime su expresión verbal. Y si alguien es muy distinto de las demás personas, especialmente si tiene alguna señal física desagradable, se le atribuye una desusada y gran envidia y una habilidad especial para convertir esa envidia en acción dañina."

La creencia en el mal de ojo parece que ha sido compartida por todos los pueblos y en todas las épocas; hay culturas y grupos étnicos entre los que la superstición tiene un gran poder. Los autores de Grecia y de Roma en la antigüedad, confirman su existencia y durante más de veinte siglos apenas si ha habido cambio. Los campesinos del sur de Italia están firmemente vinculados a sus creencias. España y Portugal no se exceptúan, y la América Latina, especialmente Brasil, muestran una especial afición a la creencia en el mal de ojo. Lo mismo sucede con la población india de la época pre-colonial: tienen las mismas ideas sobre el daño que produce la mirada de envidia. Aquí, lo mismo que en cualquier otro lugar, la superstición del vencedor y vencido se funden y se equilibran entre sí. La creencia en el mal de ojo incluso hoy mismo existe entre los campesinos de Irlanda y Escocia y especialmente en aquellos condados de Inglaterra que tienen algún substrato de población Celta.

¿Qué debemos pensar del mal de ojo? En muchas culturas es una pena personal, una desgracia y no el resultado de una mala voluntad. Allí en donde esta creencia prevalece, los efectos del mal de ojo no son por lo general mortales. No se atribuye mala intención y no se han buscado las víctimas por los dañadores. La persona alcanzada por el mal de ojo tiene que

hacer sacrificios rituales para libertarse de esta peligrosa huella. Si semejante purificación no surte efecto o se considera que es imposible, la persona que tiene mal de ojo debe intentar proteger a sus compañeros tapándose los ojos con sus manos en situaciones críticas.

El mal de ojo se considera como una enfermedad contagiosa. Entre los miembros de la tribu Lakher, la mujer "ahmaw" portadora del mal de ojo no puede casarse. Se considera difamador acusar a una mujer de ser una "ahmaw". Es interesante que en algunas sociedades el mal de ojo es una cualidad exclusiva del sexo femenino, o que se vincula a los miembros masculinos o femeninos de una familia determinada. La tribu Azanda, en Africa, por ejemplo, cree que los portadores del mal de ojo, el "boro mangu", la transmiten de una generación a otra, pero siempre de padres a hijos o de madres a hijas, nunca de varón a hembra.

Los Azanda (o Zandas), como Edward Evan Evans-Pritchard ha demostrado en un famoso estudio, son unas tribus con creencias en la hechicería, sumamente elaboradas. Reconocen dos tipos de miradas dañinas. Hay el hechizo ocasional, transmitido por la mirada. Cualquiera Zanda puede hacerlo si se le provoca. El auténtico hechicero Zanda es el que posee el auténtico mal de ojo. El lenguaje Azande tiene una palabra, "mangu", para designar el maleficio, el encantamiento y el mal de ojo. Otra tribu africana, los Bantus, creen también que una determinada persona nace predestinada para poseer el poder del mal de ojo.

Como ya hemos visto, cuando el pueblo teme las miradas aviesas asocian la envidia efectiva, o supuesta, de sus compañeros con su creencia en el mal de ojo. Además, todos los hombres que temen la mirada, temen también la adulación verbal de quien, teniéndole envidia, pueda aprovechar para hacerle "el mal de ojo". Por esta razón no hay que sorprenderse que, al menos en ciertos casos, se tome a la boca como el símbolo anatómico primario de intento envidioso.

Entre los Arabes, en la ciudad de Timbuctu, el miedo "al daño que proviene de la boca de las gentes" es tan fuerte que los nativos sienten angustia física si alguien los alaba. Cualquiera de ellos se siente injuriado por "el daño que sobreviene de la boca del hombre". Según la ley indígena, se puede litigar por daños.

¿A quién y a qué amenaza de modo más directo el mal de ojo? En general todo lo que es vital, aunque sea incompleto, porque está en proceso de gestación; cualquier cosa que sea bonita o preciosa, aunque frágil, también está amenazada, ya sea inanimada o animada, porque puede atraer la mirada envidiosa. A los niños de excepcional encanto, a los animales domésticos muy sanos, se les consideran las víctimas favoritas. Las mujeres en gestación están en peligro normalmente, sólo en cierto periodo. (Sin embargo, en la ciudad amazónica de Itá y también en otros lugares, es precisamente la mujer embarazada la que con frecuencia posee el poder del

mal de ojo.) Todos los objetos y acciones que rodean al matrimonio y al nacimiento, invitan al mal de ojo; el lecho nupcial, los regalos de boda y la consumación del matrimonio. El velo usado en el matrimonio servía originariamente para desviar el mal de ojo. En Italia los regalos de boda no deben llevarse o enviarse con antelación. Tales regalos, exhibidos durante un cierto tiempo, pueden suscitar la envidia de cualquiera. Los italianos restringen también el pesar y medir a sus hijos, por miedo a que su progreso físico atraiga el mal de ojo.

Por la misma razón en varias sociedades rurales la línea directa de una familia no cuenta. Sólo el miedo al mal de ojo es el que evita que las mujeres vayan a las clínicas prenatales. Plantea un problema importante a la salud pública oficial en la mayoría de los países latino-americanos. Hay ocasiones en que se puede preveer el mal de ojo. Los Maori, oriundos de Nueva Zelanda, toman como mal agüero que alguien vea el "tamiko", un bello modelo de dibujo en tejido, cuando éste se está trabajando. Las mujeres de algunas tribus tienen la misma repugnancia a que se les vea el tejido que elaboran.

Muchos tabúes, respecto de la caza y de la pesca, se parecen o están muy cerca de la creencia en el mal de ojo. En Itá, una pequeña ciudad del Amazonas, a la mala voluntad del amigo envidioso se la denomina "panema". Por ejemplo, un vecino envidioso puede recoger las raspas de pescado de la casa de un pescador y dárselas a los cerdos. Esto hará que sus cañas de pescar se conviertan en "panema" y que los peces dejen de picar el anzuelo. El peligro del "panema" es tan grande que muchos cazadores y pescadores dudan en vender carne o pescado, especialmente si éste último está pescado con una caña de pescar nueva. En otros muchos aspectos la creencia en el mal de ojo está relacionada con la magia negra; impide la expansión de la economía, que requiere libre cambio de mercancías y división del trabajo.

Ante el continuo temor del mal de ojo el hombre ha inventado protecciones sin cuento. Un investigador coleccionó más de dos mil amuletos diferentes, que habían sido usados por la gente del pueblo, temerosa del mal de ojo. A pesar de su gran variedad algunas artimañas de esa clase se usan en todo el mundo. Entre estos amuletos hallamos los símbolos sexuales, lo mismo que los cuernos, las garras y los dientes de animales. Al color azul se le confiere capacidad protectora. Pero en la América Latina los niños suelen llevar una cinta "roja" como protección. Para el mismo fin se utiliza la imagen de un pájaro. Los lugares y objetos más vulnerables, tales como puertas de alcobas y graneros, establos y los enseres de comedor costosos, se protegen con dibujos simbólicos. No muy lejos de Pensilvania se puede ver un granero que tiene pintados símbolos para conjurar el mal de ojo.

Pero puede ser peligroso llevar o hacer signos protectores y muecas. La creencia general es que la persona con mal de ojo es especialmente agresiva si ve alguna señal de defensa. El estudio sobre costumbres populares descubrió de modo claro

que no hay nada que dé al hombre tanto resentimiento como la envidia, justificada o no.

Artulugios de defensa se llevan con frecuencia escondidos en las mangas, atados al brazo o a la muñeca. En Etiopía los indígenas llevan bolsas de cuero que contienen fórmulas mágicas escritas, para contrarrestar el efecto del mal de ojo. Los italianos creen que, incluso hablar del mal de ojo, puede estimular a un "jettatore" poderoso a intensificar el daño. Por esta razón Phyllis Willians, en su estudio sobre costumbres del pueblo italiano en América, encontró que era muy difícil comprobar esta superstición, aunque sabía que era mucha su importancia. Pero los italianos nunca están seguros de si está o no presente algún "jettatore", por cuya razón evitan este asunto. No obstante, una reunión amistosa de las madres acompañadas de sus hijos, en Italia, América Latina o en algún barrio italiano de nuestro país, se deshace rápidamente en el momento en que una mujer infecunda se une al grupo; el observador, enterado, sabe por qué. Las asustadas madres dan por seguro que esta mujer estéril tiene que envidiar su felicidad y por consiguiente puede llevar el mal de ojo.

En este artículo hemos calificado de superstición la creencia en el mal de ojo. Pero esto no significa que el temor recaiga sobre algo irreal, porque sin duda alguna el individuo que cree en el maleficio se pone enfermo. La literatura abunda en casos de enfermedad e incluso de muerte, en tales personas. Es fácil comprenderlo. La ciencia médica moderna admite los llamados desórdenes psicósomáticos. Son perturbaciones corporales, a veces bastante serias y persistentes, que han sido causadas por trastornos emocionales. El efecto del mal de ojo de ordinario se efectúa de este modo. Una persona que desempeña un puesto importante puede sospechar de la conducta de un subordinado que de modo claro anhele su puesto. Es posible que como consecuencia aquella persona padezca una úlcera de estómago. En una cultura primitiva tal persona creería que su subordinado le estaba haciendo mal de ojo.

Desde luego no hay un vínculo real, un proceso físico, entre víctima y "jettatore". Todo el drama se desarrolla en la víctima. Tal vez una de las cosas más peligrosas sea la del sentimiento de descuido. Hay una multitud de casos en los que el paciente sufre una enfermedad conocida y se niega a seguir las prescripciones del doctor o las sigue a medias, porque se encuentra mejor. Su enfermedad proviene del mal de ojo. La mortalidad infantil en ciertos grupos étnicos se atribuye con firme creencia al mal de ojo, despreciando la ayuda de la sanidad pública. Además de los cuidados naturales que se adoptan en caso de alteraciones en la salud de los niños, los padres aplican la magia para curarle del mal de ojo.

La antropología cultural admite estas dos clases de miedo: el miedo real y el irreal. Tal vez podamos clasificar la creencia en el mal de ojo como miedo real, con tal de que recordemos que es básicamente el miedo a la envidia y a la malicia de

nuestro prójimo. El miedo a la mirada del individuo es probablemente más real que muchos de los tratados escritos por los Rousseaus de nuestros días, sobre las relaciones humanas, ya que piensan que el hombre es bueno por naturaleza y que sólo la estructura de nuestra sociedad le hace malo. La creencia en el mal de ojo pone de manifiesto en el observador atento que tal superstición no está vinculada a una determinada situación, fortuna o bienes, ya que en todo caso quien haga el mal de ojo será quien menos favorecido esté por la vida y se le tiene por un enemigo en potencia.

Desde esta perspectiva el mal de ojo parece ser uno de los controles sociales más disfuncionales de la sociedad humana. Esto significa que cuanto más efectiva es su función mayor será el daño para el bienestar de la sociedad que lo padezca. Si una sociedad deja que la creencia en el mal de ojo vaya en aumento, más aumentará la envidia. Por consiguiente, cualquier innovación, cualquier mejora, todas las actividades que conduzcan a un mayor desarrollo económico, como, por ejemplo, mayor riqueza, cambios en los métodos de cultivo; en resumen, cualquier cambio que produzca un pequeño beneficio a un hombre o a una familia, superior al mercado, morirá al nacer. Puede ser tan sólo mera coincidencia que la negligencia cultural o económica se relacione en algún punto con la creencia en el mal de ojo.

Las relaciones de carácter más grave, con referencia al mal de ojo, se producen siempre y en todos los tiempos, en las relaciones entre huésped y anfitrión. El psiquiatra Roberto Seidenberg, siendo un huésped (3), las describe como un antiguo problema y se refleja en el comportamiento ritual de nuestros contemporáneos.

“Un huésped cumplimentaba a su anfitrión por su bienestar y prosperidad. Si más tarde el anfitrión se ponía malo o perdía su propiedad, se creía que el huésped, por envidia de la aparente riqueza y prosperidad de su anfitrión, le había causado todos esos daños. Esto hace que sea poco expresivo en las alabanzas y cumplidos. Si se hace el cumplido, el que lo recibe intenta conjurar las consecuencias disminuyendo su bienestar frente al del desconsiderado huésped. Diría: “Tan sólo es apariencia de riqueza; realmente tengo muchas complicaciones”. La propensión de disminuirse que se nota en ciertos individuos de nuestra sociedad tiene su origen en esta superstición del mal de ojo. Con algunas personas los negocios jamás son buenos. Su bandera es como un paño de lágrimas.

Este escritor da la mayor importancia a que en todas las culturas, al menos las que él conoce, sólo el nivel cultural contemporáneo de nuestra América haya sido el que ha logra-

(3) ROBERT SEIDENBERG, “On Being a Guest”, *The Psychiatric Quarterly Supplement*, Vol. 23 : 1-6, 1949.

do una indiferencia tal hacia el mal de ojo, que es obligatorio para el huésped admirar libremente los bienes, fortunas y buena vida del anfitrión, a lo que éste responderá simplemente: "Muchas gracias", enumerando su infelicidad o sus desgracias, no aparentes. Este hecho, en apariencia pequeño, puede contribuir más al mayor desarrollo de la economía americana que muchos de los volúmenes estadísticos.

(Traducción de la "Emory University Quaterly", Vol. XI, número 3, octubre 1955.)

Helmut SCHOECK